

L-02-103015

C.1136439

E.110811

XVI-3-60

Covinto

POEMAS

DEL MISMO AUTOR

Federico Nietzsche.

La poesía después de la guerra.

EN PREPARACIÓN

Filosofía y arte.

Nuevos poemas.

A. TORRE RUIZ

Poemas



LIBRERÍA MONTERO.—VALLADOLID, 1917

R.86641

A. TORRE BLIN

ES PROPIEDAD

Imprenta Viuda de Montero, Ferrari, 4 & 6

A D. Mingote Eguiagaray

A Isidoro Vergara

POEMAS DE MOCEDAD

1905-1908

POEMAS DE MOCEDAD

1906-1908

SCHOPENHAUER

SCHOPENHAUER

I
Quieres acompañarme, Musa mía,
a través de los pueblos y los años,
a la noble Alemania, a la que un día
el viejo Schopenhauer exponía
su doctrina de amargos desengaños?

II

Con alado temblor de mariposa
cae la nieve menuda, perezosa,
y la ciudad revuelta
bajo la opaca tarde que declina,
parece una mujer que ríe, envuelta
en su manto de marta cebellina.

III

Ciernen la luz los vidrios de colores
y brillan en la pálida penumbra
el mármol de los blancos veladores,
los brazos de una araña que no alumbra
y los ojos de algunos bebedores.
Hay ruido de colmena alborotada.
Entonan en latín los estudiantes
sus himnos en honor de un camarada
y, a veces, de los timbres penetrantes
suena la cristalina carcajada.

En el rincón más muelle y apartado,
donde la sombra apenas se disipa,
de un grupo de estudiantes rodeado
fuma el maestro su redonda pipa.

Contemplad un momento al noble viejo.
Su faz es descarnada y amarilla;
ved su pálida risa de conejo;
su mirada de tigre, ved cuál brilla.
Su frente enorme, tersa y abombada,
se frunce con nervioso movimiento
y brilla su melena plateada
como fulgor de luz del pensamiento.

¿Oís? Su vocecita es temblorosa,
pero hay en su cadencia persuasiva
la plenitud de un alma vigorosa,
clara, ardiente, profunda y agresiva.
«El mundo es un arcano impenetrable,
entre él y mi conciencia hay un abismo.
La libertad, engaño de sí mismo.
El amor, una trampa despreciable.»

IV

Dejó de hablar el viejo y, al momento,
un rumor violento
alzóse en medio del gentil concurso:
«¡Carl, que nos diga Carl su pensamiento!
Que pronuncie un discurso!»

V

Carl es un hombre fuerte, algo encorvado.
Hay en la majestad de su cabeza
ese reposo austero y confiado
que da a sus elegidos la Firmeza.

«Yo tengo en mi guardilla de estudiante
un secular estante
lleno de libros de profunda ciencia:
es el único altar de mi conciencia.
Tengo una joya sólo,
una vetusta estatua de escayola
a la que falta un brazo y una pierna:
es la Meditación mi musa eterna.
Cuando tras largas horas de lectura,
la noche, como madre cariñosa,
viene a cerrar mis ojos con ternura,
veo en sueños, feliz, como una diosa,
la Humanidad futura.
Por la verdad fecunda ennoblecida,
del error y del vicio libertada,
ha alcanzado su tierra prometida;
soberana del mundo, hace su vida,
cerebro fértil y conciencia honrada.
Luego, al volver la aurora
a incendiar mi guardilla de estudiante
con su rojiza luz revividora,
vuelvo a leer junto a mi viejo estante.
Soy un hombre de fe, soy un gigante,
que siempre junto al yunque, espera su hora.

VI

A defender la libertad amada
alzóse Fritz, el de mirada altiva,
dura osamenta, frente despejada,
mentón saliente y apostura altiva.
Su cuerpo enjuto es un arnés fundido
para el duro fragor de la batalla,
animado y movido
por una voluntad de convencido
que todo lo domina y lo avasalla.

«Os habla un hombre oscuro, en cuyo labio
no tembló nunca la emoción secreta
de una nueva verdad—no soy un sabio—,
ni de un *lied* inmortal—no soy poeta—.
Perdido entre la oscura muchedumbre,
tengo sólo un amor santo y profundo
que mis noches escépticas alumbre
y dé a mi vida un ideal fecundo.
¡Yo te amo, libertad reconquistada
en lucha secular contra el tirano,
y te llevo en mi pecho custodiada
por mi fe, por mi amor y por mi mano!
¡Nadie extinguirte pudo,

sublime luminaria de la Historia!
 —Y dió sobre la mesa un golpe rudo
 que hizo chocar los *boks* tocando a Gloria—.
 ¡Libertad, libertad, florida senda
 hacia los luminosos horizontes,
 alentador clarín en la contienda,
 rayo de luz en los oscuros montes!
 ¡Yo te amo, libertad. Sin ti la vida
 fuera para los hombres un tormento!
 ¡Sin ti, quedara el alma convertida
 en eterna prisión del pensamiento!

VII

Y Wolfrang, el poeta
 de las rimas de acero,
 el de mirada inquieta,
 aurea melena y corazón sincero:
 «Gloria al amor!—clamó dando un rugido—
 ¡Amor, fecundo amor, yo te he sentido!»
 Y se quedó mirando a la quimera
 con un mirar remoto y encalmado,
 como si el mundo del ensueño hubiera
 surgido ante él, espléndido y dorado.
 «¡La más hermosa entre las hembras, Halma!

cuando estrecho con brazos temblorosos
tu cuerpo ondulator, como la palma
agitada por vientos tormentosos,
cuando siento mis venas dilatadas
por la sangre que corre, aliento de horno,
y tectean mis manos abrasadas
la eurítmica canción de tu contorno,
cuando absorbo en tu boca humedecida,
—geráneo en flor—la esencia de tu vida,
soy grande como un Dios omnipotente
que crece y se agiganta eternamente,
porque hay un mundo entre mis brazos rudos,
desmaya un alma entre mis labios rojos
y se abren ante mí, grandes y mudos
como el cielo y el mar, tus verdes ojos.»

Como blancas palomas que aletean
para llevar muy lejos el discurso,
ardientes palmotean
las animadas manos del concurso.

VIII

Apenas se extinguió de las palmadas
el rumor penetrante,
flamearon del maestro las miradas
y su carácter agrio y dominante
hizo eclosión en frases aceradas.
«¡Sois unos miserables! ¡Cese, cese,
vuestra pueril contienda!
¡Yo os he de arrancar, pese a quien pese,
la engañadora venda!

Carl, feliz visionario de patrañas,
¿crees que tus miradas afanosas
la recatada esencia de las cosas
han de alcanzar alguna vez? ¡Te engañas!
Pasas tu vida analizando el mundo,
mas tus trabajos hallarás fallidos,
que hacen tu empeño vano e infecundo
al par tu pensamiento y tus sentidos.
Fueran tus nervios arpas delicadas
y el rodar de las brisas perfumadas
que pasan tenues con rumor sereno
vibrara en tí con el fragor del trueno;
vieras en cada gota el escondido

palacio de cristal, en donde anida
un numeroso enjambre estremecido,
y vieras cómo un muerto es una vida
que cambia de sentido.

Crees hundir la poderosa sonda
de tu meditación en el misterio
y, ante tus ojos, fugitiva y blonda,
lanza Maya su risa de salterio.

IX

Y tú, hombre libre, voluntad de acero,
que ostentas en la lucha el noble y fiero
airón de tu arrogancia y tu heroísmo,
sabe que el enemigo verdadero
de esa tu libertad, eres tú mismo.
Es tu vivir fatal y necesario,
porque, cuanto en el mundo te rodea,
tu alma y tu corazón forma y moldea
como moldea el yeso el estatuario.
Si la irisada gota que el torrente
lleva en su atormentada trayectoria
un momento no más fuera consciente,
tal vez creyera, como tú, ilusoria,
que seguía su marcha libremente.

X

Y tú, vate de ingenio peregrino,
te creí libertado y, sin embargo,
sigues amando a ese animal mezquino
de ideas cortas y cabello largo.

Ese sublime amor que te subyuga
y por doquier el entusiasmo siembra,
es, lo mismo en el hombre que en la oruga,
el impulso del macho hacia la hembra.

Vuela en el mundo un geniecillo mágico
que juega su papel cómico y trágico
de producir y aniquilar la vida.

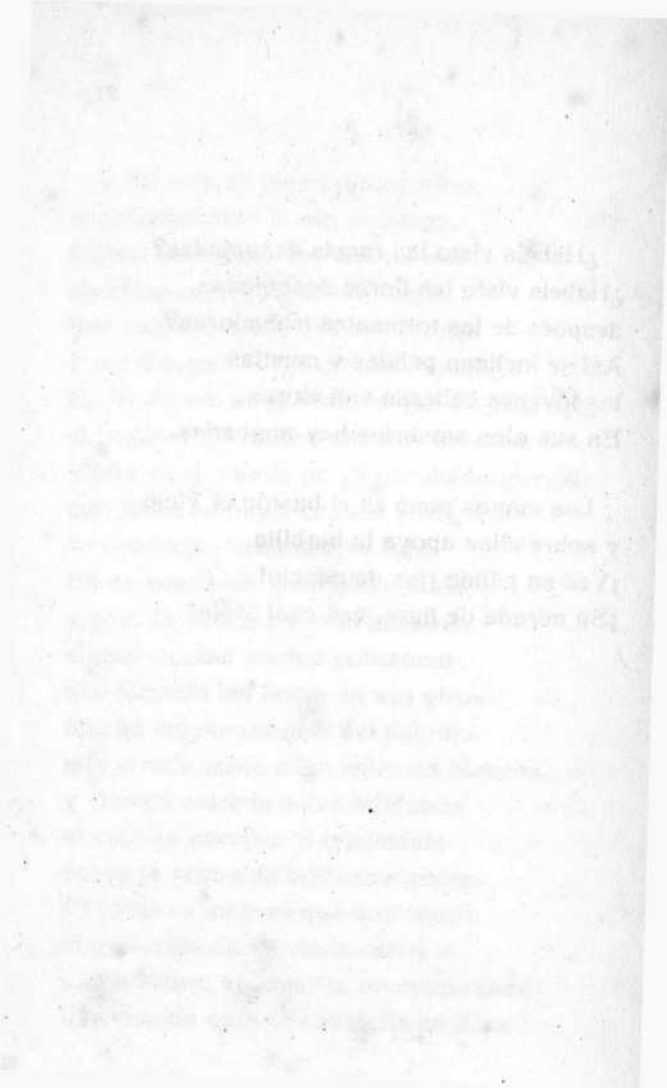
En su constante e invisible huída,
arroja de la brisa en los suspiros
el polem, cual confeti policromo
que fecunda las flores en sus giros,
hincha las tenues alas del palomo
que arrulla triste a las palomas blancas,
y empuja entre la selva lujuriente
al caballo nervudo y espumante
sobre la yegua de brillantes ancas.

El amor es un lazo que nos tiende
el geniecillo en su veloz carrera
y el hombre, visionario, no comprende
que cuando ama se convierte en fiera.

XI

¿Habeis visto las ramas desgajadas?
¿Habeis visto las flores deshojadas
después de las tormentas tronadoras?
Así se inclinan pálidas y mustias
las jóvenes cabezas soñadoras.
En sus ojos sombríos hay angustias.

Las manos pone en el bastón el viejo
y sobre ellas apoya la barbilla.
¡Ved su pálida risa de conejo!
¡Su mirada de tigre, ved cuál brilla!



LAS CUARTILLAS

Puesta la mano en la ardorosa frente,
bajo la luz confidencial que brilla,
voy llenando cuartilla tras cuartilla
en el silencio denso y sugerente.

¡Blancas cuartillas, sed tierra clemente
que recoge amorosa la semilla!
¡Sed el bloque de marmol o de arcilla
que un soplo creador hace viviente!

Hostias por mi trabajo bendecidas,
marchad como palomas asustadas
a buscar otros hombres y otras vidas

y, en comunión de ideas renovadas,
id, con cadenas de ilusión tejidas,
dejando almas con almas enlazadas.

II

LA PLUMA

Es un rayo de luz. Aprisionada
por los dedos nerviosos del poeta,
asiste temblorosa a la secreta
gestación de la idea vislumbrada.

Reóforo sutil, hebra dorada
de precioso metal, que aguarda inquieta
la sacudida energética y secreta,
de una gran energía acumulada.

Cuando al brotar la inspiración, inunda
el alma del artista, amplia y fecunda,
toca la pluma con las blancas hojas

y van, sobre el papel flexible y terso,
estallando las sílabas del verso
como chispas de luz aureas y rojas.

III

LA MÁQUINA

Suenan las vigorosas pulsaciones del motor, que parece en su latido el corazón de un cíclope vencido en su lucha con monstruos y dragones.

La complicada red de correones rasga el aire con áspero zumbido y es un sistema bascular henchido que conduce energía a borbotones.

Como cerebro que labora y piensa,
la rotativa en su labor intensa
vibra con acordado movimiento,

y de aquella cabeza de gigante
el periódico surge palpitante,
lo mismo que si fuera un pesamiento.

EXALTACIÓN

La tarde iba muriendo en la llanura fría
y solemne, como un guerrero agonizante.
Algo eterno flotaba en la paz del instante
y algo fatal temblaba en aquella agonía.

El viento en su corriente invisible traía
la voz del campo honda, numerosa y sedante,
y la ciudad dorada elevaba, tremante
y remoto, el encanto de su polifonía.

Ante el paisaje inmenso lanzó mi asombro un grito.
Oí vibrar en mi alma la voz de lo infinito
que me inundó en sus ondas y me tornó vidente.

Me prosterné de hinojos sobre la tierra dura
y puse un largo beso de amor en la llanura
como si a Dios besara la dilatada frente.

Y tarde las montañas en la llorosa
Y siempre, como un viento
Y el eterno dolor en la
Y algo tal vez en el

El viento en su corriente invisible
Y voz del campo, donde
La ciudad de los
Y el viento de su

Ante el viento inmenso
Y vibrar en mi alma
Y me inundó en sus

Y el viento de los
Y el viento de los
Y el viento de los

ELOGIO DE LA VIDA APACIBLE

ELOGIO DE LA VIDA APACIBLE

Amanece. Una aurora blanquécina y helada
ha temblado en los vidrios oscuros del balcón;
ha besado un momento mi frente fatigada
y ha difundido en torno claridad de blandón.

El estruendo del baile, con ruido de tormenta,
aun zumba, aun me persigue con obsesión tenaz;
aun veo en la penumbra una boca sangrienta
que me sonríe bajo el sedño antifaz.

Aun, ante mis pupilas cansadas y tediosas,
entre la fría y pálida luz del amanecer,
las serpentinas, como culebras lujuriosas,
se enroscan en la euritmia de un busto de mujer.

*

Poco a poco mi cuarto silencioso y pequeño
comunica a mi espíritu su tranquila quietud;
las aureas perspectivas del mundo del ensueño
dan a mis nervios toda su amable laxitud.

¡Y cómo ante mis ojos se despliega la vida
por un camino fácil de naranjos en flor,
que ponen a la calma de la senda escondida
un palio de luceros de argentino fulgor!

Una novia risueña, que es capullo y crisálida,
me regala el perfume de su charla infantil.
Marcha apoyada en mi hombro, y su cabeza pálida
tiene todo el perfume de un antiguo marfil.

Se inclinan blandamente con ritmo de incensario
las copas de los árboles con musical rumor,
y, lejos, una casa que es nido y es santuario
evoca la memoria de las horas de amor.

¡Oh, casa blanca, casa de paredes de armiño!
¿tus inmensas alcobas de calma conventual,
no sienten la nostalgia de una risa de niño
que vibre, como enjambre con alas de cristal?

En los pomposos y húmedos bancales de tu huerto
mi novia y yo hemos visto, con expresión feliz,
a los orondos patos con su marchar incierto,
como gordos canónigos con su sobrepelliz.

Yo he cogido naranjas para la niña blonda.
Humedecía el zumo su boca de clavel
y a veces desbordaba por su barba redonda
dejando un regatillo como un chorro de miel.

Ella y yo hemos corrido tus aledaños, sobre
un asno filosófico y triste que, al trotar,
movía las orejas, cual si sintiera, el pobre,
anhelos de hipogrifo, deseos de volar.

Los floridos parterres, la avenida apartada,
la plácida y silente gruta de tu jardín,
han puesto muchas veces su sombra recatada
sobre un beso de fuego y un rubor de carmín.

*

¡Blando sonar de fuentes, vacas de ubres repletas,
noria de marcha isócrona, a nuestra vida igual,
atardeceres plácidos, tranquilas noches quietas,
jardín umbrío, casa de aspecto señorial,

quiero ir a vosotros por la senda escondida,
 bien lejos y bien cerca de la ciudad febril,
 y quiero que una novia de ensueño dé a mi vida
 el amable perfume de su charla infantil!

AZUL

ALL

Era un cielo radiante e impoluto.
Brillaba el padre Sol, ese Sol claro
de las tibias mañanas invernales
que derrite la nieve de las cumbres,
enguirnalda de flores los almendros
y pone en las cabezas temblorosas
de los ancianos un fulgor de vida
y una risa en sus barbas apostólicas.

En la espaciosa huerta del convento,
tus amigas y tú, rememorábais
las pretéritas horas de educandas.
Tintineaba en la quietud serena
vuestra charla de alegres pajarillos
y a veces escapaban vuestras risas
como fresco rumor de surtidores
que desgranaban sus aguas en el mármol.

Cruzaban las remotas golondrinas
rayando con su pico de diamante
el azul intensísimo del cielo.

Un grupo de cipreses emergía
junto a la tapia, tétrico y sombrío,
y un olor a bancal recién regado
que flotaba en el aire transparente,
desleía vigor y fortaleza
en el ritmar de vuestra sangre joven.

Te adiviné corriendo entre los árboles.
Llevabas sobre el pecho tembloroso
tu mano, como un ramo de jazmines,
había en tu nariz de estatua helénica
un ligero temblor de mariposa
y la dorada luz, al envolverte,
sobre tus curvas núbiles temblaba
en fugitivo y luminoso espasmo.

Dejaste de correr y parecías
una paloma cuando abate el vuelo.
Se inflamaban las rosas de tu rostro
y eran, bajo el tamiz de tus pestañas,
un incendio tus ojos de gacela.

*¡Ya no puedo—decías anhelante
con tu voz musical, que es un halago—
ya no puedo, me voy haciendo vieja!*
Y saltaba tu risa a borbotones
como una catarata de rubíes.

CANTO AL ENSUEÑO

A MIS AMIGOS

Este canto al ensueño ha tejido el poeta
haciendo en sus jardines la vendimia mejor.
Ha pensado en vosotros, amada turba inquieta,
y en los brazos trae una canastilla repleta
de ilusiones doradas y de rimas en flor.

Sazonadas y nuevas, aun guardan el rocío
en sus hojas y tienen aquel color y aquel
brillar de gema antigua y aquel frescor de río
que hicieron muchas veces, para el cansancio mío,
de cada flor un vaso gustoso de hidromiel.

Caigan sobre vosotros, ingenuos soñadores,
sirviendo en cada frente de nido a un ideal;
sean en vuestros hombros mantos de emperadores,
en vuestras manos trémulas ramos bendecidores
y a vuestros pies errantes como una senda astral.

Almas románticas y aventureras,
dejad que vuelen camino al sol,
bajo el joyante cielo, señeras,
libres y aladas vuestras quimeras
como en el sueño de Jacob.

Dejad que vuelen hacia la altura;
sús alas tenues presentirán
en su giróvaga marcha insegura,
cuál es la fuente sonora y pura
de donde fluye lo ideal.

Haced, amigos, que nunca falte
la roja flecha de una ilusión
en vuestro cielo de azul esmalte.
Que a vuestro día nunca le falte
un recio ensueño temblador.

Igual que el árbol que hunde su tronco
junto al barranco que corre al pie,
desmelenado, sonoro y bronco,
busca en el agua para su tronco
savia que le haga florecer,

en vuestra pobre vida revuelta
buscad la savia para soñar,
hundid la férvida mano resuelta
en la corriente turbia y revuelta
y huid hacia la soledad.

Huid, alzando la copa de oro,
a la lejana montaña azul.
Huid, alzando la copa de oro.
Que el sol depure vuestro tesoro
y lo haga perlas, iris, luz.

Dejad que el alma vaya al convite
tres veces santo de la ilusión.
Dejad que el alma vaya al convite.
Dejad que guste su *panis vitæ*
sin levadura de dolor.

¡Volad, amigos, la altura es bella!
¡Tal vez la hipótesis roce al pasar
en vuestra frente, dejando en ella
un pensamiento, como una estrella,
en que palpite la verdad.

en vuestra pobre vidamevilla
 fúndese la savia para soltarla
 fúndese la vida para morir
 en la corriente limpia y traviesa
 y huid hacia la soledad, la cumbre la más alta

Huid, alzando la copa de oro,
 a la lejana montaña azul.
 Huid, alzando la copa de oro,
 Que el sol depare vuestro poro
 y lo haga porosa, iris, lux

Dejad que el alma vaya al convite
 tres veces santo de la tradición
 Dejad que el alma vaya al convite
 Dejad que grite en júbilo
 sin levadura de dolor

¡Volved, amigos, la altura es bella!
 ¡Tal vez la hipocrite rose al viento
 en vuestra frente, dejando en ella
 un presagio, como una estrella
 en que palpita la verdad

PÁGINAS DE UN LIBRO DE HORAS

(1914)

PAGINAS DE UN LIBRO DE HORAS

(1914)

MOTIVOS PARA UN PRELUDIO

Esta Corte de ayer...

Esta Corte de ayer, en que la vida
se ha detenido, como en un remanso
las aguas bulliciosas, nos convida
con su paz al ensueño y al descanso.

Si el corazón se rinde o desfallece
y ha menester de estímulo y consuelo,
un paisaje infinito se le ofrece
abierto inmensamente bajo el cielo.

Y es tan grave su voz, y está impregnada
tanto de eternidad y fortaleza
que el alma se nos pone resignada
y se nos hace noble la tristeza.

Un recuerdo

Trémula de fervor iba erigiendo
mi juventud sus claros ideales
de Justicia y Verdad y entretejiendo
sus cantos con palabras aurorales,

cuando con voz de hielo habló a mi oído,
irónico y sutil, el desengaño.
Y regresé del ágora. ¡En el nido
demoledor no hay pájaros hogaño!

Luego, las horas grises y tediosas
vinieron a poner sobre mi frente
su corona de espinas y de rosas.
Yo las llevaba resignadamente

y al encontrar al paso a mis hermanos
en Arte, en inquietudes y en quimeras,
acostumbraba reposar las manos
sobre sus juveniles cabelleras,

y en una fraterna Eucaristía
de Amor y de Belleza, en santa calma,
les decía mi verso, y les decía:
«Escuchad y soñad: esta es mi alma».

La eterna súplica

Yo he sabido poner a los corceles
platónicos el freno, y he sentido
que el alma se impregnaba con las hieles
de lo que pudo ser y que no ha sido.

¡El amor y el deseo, cómo han hecho
rugir sonoras mis pasiones de hombre!
¡y cuántas veces me salió del pecho
el grito de Jacob: Dime tu nombre!

Ya que a buscarte en mis angustias vine
por todos los caminos, sé clemente.
¡Dime tu nombre, y deja que recline
sobre tus manos de piedad mi frente!

Una palabra nueva

Fué una palabra de pasión. Decía
soledad fuerte, audacia soberana;
un desengaño tras de cada día
y una ilusión azul cada mañana.

Fué una palabra de mujer, tan nueva
en mi vivir opaco y escondido
que, como una saeta, mi alma lleva
el temor de no haberla comprendido.

La esfinge

Corazón-tempestad, vida-tormento,
tu flava cabellera leonina
es, ondulante y trémula en el viento,
llama de la inquietud que te calcina.

¿Qué roca misteriosa dió el granito
para entallar en él tus rasgos mágicos?
¿Qué Walkiria inmortal te enseñó el grito
desolador de tus momentos trágicos?

¿Por qué tus risas tienen la velada
cadencia de un dolor desconocido,
como palomas blancas que en bandada
vuelan en torno de un león herido?

Otra vez junto al mar

¡Poeta, vuelve al mar! Entra de un salto
en la barca ligera del ensueño,
hunde en el agua azul,—plata y cobalto—
los remos de marfil, huye risueño

y al aire el pensamiento que flamea
como una vela sobre el mar tendida,
deja que el viento misterioso sea
guía, cantor e impulso de tu vida.

Intensos y febriles sus ojos de gitana
—en la noche profunda una hoguera lejana—
me han mirado a los ojos largamente; he sentido
que estaba en el umbral de lo desconocido
y en las ondas inquietas de mi vida interior,
como culebra de oro ha corrido un temblor.

Mirada indescifrable, eres luz encendida
por todos los tormentos callados de una vida?
¿eres lámpara humilde que da, como un perfume,
su lucecita ténue que el esperar consume?
¡Promesa misteriosa !... ¡Lengua viva de fuego
que se enrosca como un interrogante!...

¿Y luego?

¿Qué nuevas esperanzas van a hacer eclosión?
¿Qué forma no soñada va a tomar la ilusión?
¿Quién eres, inquietante mujer desconocida?

¿Eres el huracán que truncará mi vida?
¿Eres el cascabel de plata que un momento
hace su alegre risa ondular en el viento
y se aleja después, poco a poco, dejando
un recuerdo apacible, un dormir suave y blando?
¿Eres la muñequita inconsciente y viciosa
que un corazón estruja con su mano nerviosa
y sonríe... sonríe... con el mismo temblor
jubiloso de un niño que deshoja una flor?

No sé ver si tu halago inconstante y perverso
va a convertirse en lágrimas en mi alma y en mi verso
o si querrán tus labios líricos pronunciar
la palabra armoniosa que sabe perdonar.

Carabelas de ensueño que fui día tras día
lanzando en el dorado mar de mi fantasía
¿sabréis, mis argonautas, hacer un viaje largo
por el mar de la vida proceloso y amargo?

II

Pálidamente azul, diáfano y puro
brilla el cielo de esmalte.
El horizonte—oro y berilo—
tiene la transparencia de un estanque.

Dilata el río su ancha curva
y se deslizan por el cauce
entre los altos malecones
las aguas grises. Cae la tarde.

La muchedumbre cruza el Puente
Nuevo, febril y discordante,
y a nuestros ojos es como una
caravana de sombras que pasase.

Sus voces múltiples—tan próximas
y sin embargo tan distantes—
suenan a nuestro oído
como el rumor de un caracol gigante.

Marchamos juntos, lentamente...
Tiene su cuerpo, al apoyarse
sobre mi brazo, la blandura
de las caricias maternas.

La plenitud graciosa de su cuello,
que emerge del encaje,
se inclina un poco, con la gracia
severa y lánguida del sauce.

Sn voz serena, voz de oboe,
opaca, dulce y penetrante
dice unos versos de Verlaine y tiembla
como una flor al deshojarse.

III

Un ambiente transparente,
un cielo color de añil
y una luz clara y riente
en el Parque señoril.

La tierra, suelta y mojada,
cruje bajo nuestro paso
con blandura regalada
como una almohada de raso

y en los joyantes macizos,
en ramilletes espesos,
vibran geráneos rojizos
como bandadas de besos.

En los arriates dorados
y las plazuelas sombrías
los niños engalanados
desgranán sus parlerías.

Sobre sus cabezas locas
hay un temblor de pichones
y abren sus enormes bocas
los atrevidos gorriones.

La Amiga sonrie y
mira las cabezas blondas.

Hay un fulgor de rubí
en sus mejillas redondas,

brillan alegres sus ojos
y como banda de presos
huyen de sus labios rojos
suspiros, risas y besos.

IV

Sé del embrujamiento de esas tardes tranquilas
en las que tiene el viento susurro de oración
y se abren los estanques como verdes pupilas
que mirasen al cielo con estática unción.

Percibís las ideas con un nimbo de bruma
y os va penetrando la quietud del jardín.
Pliega el tiempo sus alas fugitivas de espuma.
Vuestro ensueño es suave deslizarse sin fin.

El bosque y las flores tienen algo de santo;
os parece que brillan con un brillo interior,
y que van a elevarse en un vuelo de encanto
hacia el cielo remoto de dorado esplendor.

El corazón se aquieta, como un niño dormido.
Se anublan vuestros ojos. De pronto despertais.
Una voz femenina ha dicho a vuestro oído,
curiosa y cariciosa y suave:—¿En qué pensais?

V

...Y comenzó a leer.

Era su mano de marfil antiguo
siguiendo el verso erótico, una rama
de limonero en flor que el aire mueve
sobre la risa roja
de unas granadas en sazón abiertas.

El poeta decía
la exaltación de los combates.

Por la vasta llanura galopaba
el tropel de guerreros africanos,
bajo un cielo profundo y transparente
de oro fundido y lapislázuli.

En los cascos de bronce, en los escudos,
el sol calcinador era un relámpago.
Restallaban los blancos albornoces
como tendidas alas voladoras
y entre nubes de arena los corceles
asemejaban hipogrifos.

El poeta contaba sus amores.

Su verso cálido tenía
el paladar gustoso de los frutos
que un huerto amigo rinde al caminante
como rayo de sol cuajado en mieles.
Evocaba un jardín, y en el misterio,
una canción gustosa y temerosa
que en la noche sensual iba extinguiéndose
como un perfume exótico. Decía
de celos y traiciones;
de espasmos que hacen restallar el duro
cordaje de los nervios
en una vibración agotadora,
y decía de núbiles amantes
de pies blancos y rítmicos, de cuerpo
efébio y de labios todo púrpura
en que la muerte y el amor acechan.

La Amiga iba leyendo lentamente.

Era el misterio de sus ojos hondos
circundados de ojeras azuladas
un temblor de luceros en la noche.
Su voz, al empezar serena y suave,
se iba extinguiendo poco a poco, como
el agua viva, que primero es fuente,

luego es arroyo musical, que corre
trémulo y claro sobre piedras blancas
y es al fin absorbido por la arena
en un reir de espumas argentinas.

De pronto irguió su cuerpo
y con incierto andar de iluminada
avanzó hasta la blanca chimenea.
Acodada en el mármol, las mejillas
oprimió con sus manos temblorosas
y se quedó mirando largamente
su imagen reflejada en el espejo.

Yo la miraba absorto. Parecía
una joven leona
que huye a la selva, y va a temprar su fiebre
en un estanque de dormidas aguas.

VI

La luz parece dormida bajo la oscura pantalla
y en torno al quinqué difunde, como remanso de plata,
el círculo luminoso de una luna quieta y pálida.
Quedan entre la penumbra las paredes esfumadas
y lentamente la noche va tejiendo en la ventana
con sus dedos invisibles sutil encaje de escarcha.
Junto a la lámpara sueña despierta la bien amada,
abiertos inmensamente sus ojos como dos ascuas.
Su cabellera, oro viejo, en rizos se desparrama,
poniendo sobre el misterio de su frente atormentada
una corona de sombras temblantes y crenchas áureas
Sus manos van perezosas a descansar en el halda,
y en sus labios, que se pliegan espectantes, hay la vaga
seriedad meditativa de las antiguas estatuas.

VII

Tus manos gordezuelas, manos de niño,
huelen a panal nuevo y a flor de acacia
y tienen vida propia como dos cisnes,
y emoción persuasiva como una charla.

¿Qué luz de plenilunio te fluye de ellas?
El dolor te las hizo santificadas
y ahora cuando las pones sobre mi frente
toda la vida mía se vuelve infancia.

VIII

Como en los cuadros de los primitivos,
el fondo es oro, y el azul y el rosa
son los claros motivos
que triunfan en la calma religiosa
de la tarde otoñal.

El ancho río cruza lentamente
la campiña. Palpita en la corriente
rojo y fugaz un resplandor de cobre,
y los *steamer*, procesionalmente,
abren sus cruces, sobre
un cielo todo luz.

Tu voz tiene matices
de charla ingenua, y es como un encaje
de plata, cuando dices:
«Lejos... en mi país semisalvaje...»

¡Dilectas horas de visión serena
y aquietador lirismo
que dejáis al pasar el alma llena
de un fragante optimismo!

¡Horas en que la carne decaece
y el caminar es lento,
y las voces lejanas, y parece
que en brazos de la paz duerme el momento!

¡Horas de amor!... Como un perfume o una
familiar sinfonía o como un canto
de niñez o el encanto
místico y triste de un claro de luna,
el paisaje otoñal entra en el alma.

Y como el alma férvida está henchida.
de luz, de ritmos suaves y de calma,
la senda ante nosotros extendida
se hace clara y sonora y florecida...

CUANDO YO SEA VIEJO

CUANDO YO SEA VIEJO

Cuando yo sea viejo, tendré una
barba bíblica y blanca...
¡blanca como los rayos de la luna!

Serán mis manos temblorosas
igual que dos magnolias olorosas.
Un perro enorme de ojos mortecinos
y buenos ha de ser el confidente
en mis paseos vespertinos.

Lejos de la ciudad tendré una casa
roja pequeña, limpia...
¡cuando la bañe el sol, será una brasa!
Un jardín recatado,
jugoso y apacible,
de cipreses y acacias circundado,
dará con su quietud a mi vivienda
ambiente de misterio y de leyenda.

Cuando yo sea viejo, se habrá hundido
tanta espina en mi frente
arrancando a mi alma un alarido,
habrán vibrado ardientes en mi pecho
tanto amor silencioso
y tanto desear no satisfecho,
tanto ideal habré crucificado
en doloroso sacrificio,
en mi carne de fuego habrán luchado
tan largas horas la virtud y el vicio,
que seré como un santo
que amando todo y perdonando todo
extiende su piedad inmensamente
sobre todas las cosas, como un manto
hecho de bendiciones y de rosas.

Mi vejez será un huerto
en el que aniden siempre ruiseñores;
será un árbol cubierto
de nieve, que dé flores.
Porque en verdad os digo
que la diosa Ilusión fué mi madrina
y el día que nací me hizo su amigo.
Es por ella mi frente cáliz de oro
en el que se hacen carne mis ensueños

y alzan su voz en melodioso coro.
Por ella son mis noches abreviadas.
Mi alma sabe enterrar sus pesadumbres
al resplandor de nuevas alboradas.

Mi vejez será fuerte.
La ilusión ha de ser mi compañera
hasta el umbral augusto de la muerte.

Cuando yo sea viejo amaré el día:
ante el prodigio eterno de la aurora
ha de temblar de gozo el alma mía
ingénua siempre y soñadora.

Regaré mi jardín
y veré cómo mayo va cubriendo
de fragantes estrellas el jazmín;
cómo extiende, copudo, un laurel-rosa
sobre el calor de un nido
su cortina perenne y misteriosa;
cómo la tierra se perfuma
cuando sin ruido, lenta, pasa el agua
dejando en el bancal orlas de espuma...

Y ésta será mi misa
de amor, fecundidad, salud y risa.

En mis horas de amargo desaliento,
cuando las esperanzas se me enturbien
y se me ponga gris el pensamiento,
no ha de faltarme una palabra
toda misterio y toda unción
que llegue a mi alma y que le abra
la puerta azul de la ilusión;
esa palabra, que nos viene
de lo profundo de otra edad
y nos consuela, porque tiene
un grave son de eternidad.

Habrà en mi biblioteca, àmplia y austera,
en tallados estantes de caoba,
miles de libros en estrecha ilera.
Por los rasgados ventanales
la luz del sol, dorada,
penetrará a raudales.
Un sillón torneado,
amplio y acogedor, viejo y mullido,
regalará mi cuerpo fatigado
con caricias de nido.
Y la luz clara y la quietud silente
y un libro amigo, adormirán mi pena,
cual si una mano maternal y buena
se viniera a posar sobre mi frente.

Al caer la tarde, cuando tiene el cielo
una serena transparencia y flota
sobre todas las cosas, como un velo.
una melancolía honda y remota,
los rapazuelos del hogar cercano
vendrán a mi jardín, tímidamente,
cogidos de la mano.
Unos serán traviesos,
con inquieto mirar y labios rojos
desbordantes de risas y de besos.
Otros, sonrosaditos y panzudos,
con la boca de pez y ojos azules,
dilatados y mudos,
Se sentarán en torno a un banco
y yo estaré como un patriarca
con mi cabello todo blanco
y con mi mano temblorosa
sobre la crencha ensortijada
de una cabeza ruborosa.
Dibujaré con mi bastón
sobre la arena un alfabeto
y al terminarse la lección,
pediré a mi memoria fatigada
un cuento azul. Serán los personajes:
un rey, una princesa rubia, un hada.

En mi aislamiento de árbol fuerte,
tendré mis fiestas regaladas,
como un rey paternal que se divierte.
Bajo la parra, guarnecida
de sazonados frutos, que se expande
ante el hogar y a la quietud convida,
celebraré un festín gustoso y breve.
Un mantel nuevo, que olerá a membrillo
y será como el ampo de la nieve,
refulgará sobre la antigua mesa.
La cegadora luz del mediodía,
entre la fimbria de los tallos presa,
arrojará sobre el mantel
un tropel de murciélagos de sombra
y de aureas mariposas un tropel.
Una doncella campesina,
erguida, fresca y colorada,
—labios de fresa, ojos de endrina—
mientras escancie el vino espumeante,
me contará entre risas los anhelos
de su florida juventud triunfante.

Al acabarse la comida
tendrán mis ojos brilladores
una visión amable de la vida.

Me zumbarán en los oídos,
con armonía polifónica,
auras, insectos, surtidores, nidos...
Sentiré, en mi alegría ingénua y casta,
deseos de reír y de llorar,
y a la hora de brindar será mi brindis
igual que un sacrificio ante el altar.

Como el anciano rey de la balada
tendré una copa de metal precioso
para los días fastos reservada.
En chorro bullidor verteré en ella
un vino de cien años. ¡Cada gota
dorada brillará como una estrella!

De una guirnalda fresca y olorosa,
sobre la albura del mantel tendida,
fragante y nueva cogeré una rosa,
y en el hirviente vino luego
caerán sus rojos pétalos
como lenguas de fuego...
¡Cara al sol cegador, vibrando el alma
al beso de la luz, pura y radiosa,
mi brindis alzaré como una palma
cordial y victoriosa...

Cuando yo sea viejo, tendré una
barba bíblica y blanca....
¡blanca como los rayos de la luna!

POEMA DE LAS MALAS BESTIAS

(1915)

EL CUERVO

Desolación, Castilla, Invierno.
El páramo se extiende como plancha de cobre,
inmensamente, inacabable, eterno.

Desolación. El viento con ulular de loba
galopa sobre el páramo cabalgando en su escoba.

El horizonte lejos... lejos...
es una curva inmensa, abierta
como una hoz, con sus reflejos
de plata antigua y de agua muerta.

En el cielo color ceniza
con sus alas de maldición
un cuervo negro se desliza.
Desolación.

Es el cuervo
negro y protervo,
el fúnebre cuervo augural.

Es el cuervo
negro y protervo
con su graznido de metal.

En la noche de invierno, eterna y angustiosa,
cuando brilla la lámpara con tristeza lunar
y la fiebre acaricia con su mano viscosa
la frente ardiente, toda risas y claridad,
de un hijo vuestro que abre sus labios encendidos
y sueña con la fuente de mármol del jardín,
mientras el viejo péndulo registra los latidos
iguales de las horas que caminan sin fin...
Una sombra en la sombra, como un mal pensamiento,
teje en torno a la cuna su vuelo de terror.
Sus garras de avaricia acechan el sangriento
botín de la miseria y del dolor.

Es el cuervo
negro y protervo,
el fúnebre cuervo augural.
Es el cuervo
negro y protervo
con su graznido de metal.

Cuando sobre la gloria de los campos extiende
 la tormenta su cuerpo enorme de dragón,
 y el temblor luminoso de sus crines explende,
 y el chorro de su aliento pasa devastador,
 hay en la choza—tierra y hollín—un alarido,
 —noches sin luz, tardes sin sol, días sin pan—
 y la familia, como rebaño perseguido,
 en el rincón se acarra del lamentable hogar.
 Una sombra en la sombra vuela en torno a la casa
 abrumadoramente, como una maldición,
 y estrechando sus círculos avizorando pasa
 su botín de miseria y de dolor.

Es el cuervo
 negro y protervo,
 el fúnebre cuervo augural.
 Es el cuervo
 negro y protervo
 con su graznido de metal.

Es el cuervo que vuela en torno
 de la oscura boca del horno
 que se enfría falto de lumbre;
 sobre toda la podredumbre,
 sobre todas las tierras llecas,

y las criaturas entecas,
 sobre el artista que se agota
 al mirar la gloria remota
 y la ilusión desvanecida,
 sobre la frente del suicida,
 sobre los visionarios pálidos
 y los guerreros inválidos,
 sobre el emigrante que huye,
 la virgen que se prostituye
 y el viejo clon que el hambre oculta
 bajo la falsa risa estulta,
 sobre todas las vidas rotas
 y sobre todas las derrotas
 y sobre todas las ponzoñas
 y sobre todas las carroñas,
 sobre todas las cosas mustias
 y sobre todos los temores
 y sobre todas las angustias
 y sobre todos los dolores.

Es el cuervo
 negro y protervo
 el fúnebre cuervo augural.
 Es el cuervo
 negro y protervo
 con su graznido de metal.

EL BURRO BLANCO

Ved aquí al burro blanco:
serio, macizo, respetable,
con sus orejas anchas,
sus grandes ojos
meditabundos
y el pelo en el testuz rizado y grifo
como una borla doctoral.

El burro blanco, inacabablemente,
alza a compás su pata indiscutida
y, siempre por el borde del camino,
avanza... avanza... avanza...

Tal vez ocurre que en la paz eglógica
del valle los caminos se entrecruzan,
y las veloces máquinas
que pasan trepidando

y los corceles de cabeza erguida
y ojos inquietos, y los peatones
que avanzan fatigosos,
se detienen y dudan y no saben
qué camino seguir.

El burro blanco sigue
su camino apodíctico y no duda.
El es—grave y eterno—la Verdad.

No le obliguéis a caminar un hora
por medio de la ruta,
por donde va la vida
inquieta, tormentosa, eternamente
renovada y febril.

El burro blanco odia el deseo
y el jadear sonoro del deseo.

Su ensueño es apacible
y tibio y penumbroso,
como el amado establo en que sesteá.
Dejadle con su marcha acompasada,
al borde del camino,
al borde de la vida,
al borde de la ciencia,
al borde, siempre al borde.

Hay insectos que vuelan
bajo un cielo estival, en una atmósfera
de fuego y dejan en el aire,
tensa y sonora,
como flecha invisible, su inquietud.
Y he aquí que estas gayas bestezuelas
—¡ellas, tan jóvenes!—
osan en su furor inconoclasta
posarse en el testuz, cien veces noble,
y hundir en él el aguijón.
El burro blanco agita
su oreja doctoral
y huye el insecto zumbador y todo
es calma y suave luz y polvo tenue
en el camino geométrico.

El burro blanco
tiene momentos de jocundo gozo.
Entornando sus ojos apacibles
echa al aire los dientes amarillos,
pierden su seriedad las recias patas
y ampliamente—de oreja a oreja—ríe.
¡Pero nadie le ha visto sonreír!

¡Oh burro blanco! ¡Oh noble
y sesudo animal,
reciamente cargado
de lugares comunes académicos!
Tú llevas sobre el lomo musculoso:
«la santa tradición»,
«el principio del orden»,
«el orgullo satánico
de la razón humana»,
«el funesto Voltaire» y «las utopías
engañosas», «entiendo yo, señores»,
«...más sea de ello lo que quiera...»
«¡*El Contrato Social!*... ¿En qué lenguaje
se redactó el contrato?
¿Quién convocó a los hombres y en qué sitio?»
Todo esto y mucho más llevas encima
sin fatigarte nunca, cual si fuera
liviana paja.

¡Oh noble burro blanco,
sigue tu marcha inacabablemente!
¡Como la estupidez eres eterno!

EL GALLO

El gallo tiene plumas que la luz tornasola;
En cada pata un espolón buído,
y una cresta encarnada que tremola
como airón por los dedos del viento estremecido.

Sus pensamientos nunca volaron expectantes
más allá de la barda de su corral. En medio
de una corte sonora consume sus instantes
de placer, de arrogancia, de soberbia o de tedio.

Fecundando gallinas gordas y maternas
vive su vida plena de sátrapa y señor,
y sobre el cacareo de pecados veniales
pone como supremo código su espolón.

El tiempo pasa... Un día, cuando la niebla tiene reflejos ambarinos de carne de mujer y desde el horizonte claro la aurora viene perfumando la senda con sus rosados pies, lanza el gallo su toque de clarín. A lo lejos otro canto responde punzador y arrogante; otro canto, que tiene de los romances viejos la amplitud belicosa, varonil y triunfante.

Y cuando el sol se eleva sobre la tapia, como triunfal apoteosis, en la barda florida el enemigo yergue su cuello policromo y es su cresta tremante bandera desceñida.

La Epopeya, invisible, pasa con su caballo de walkyria. El aire estremecido huele a sangre y a muerte y a podredumbre. El gallo ha encontrado a su vida estéril un sentido.



Bestezuelas humildes que buscáis en la selva, entre los negros árboles, el ignoto camino que os lleve a la luz del día, y que resuelva el problema cien veces secular del Destino;

bestezuelas, las del trabajo silencioso
y cotidiano—amor, dolor y sacrificio—,
las que no oísteis nunca el ritmo jubiloso
y alentador de un epinicio;
bestezuelas, que a golpe de garra vais labrando
nuevas piedras miliarias sobre las peñas vivas,
éxodo hacia las calmas futuras...—¿dónde? ¿cuando?—
¡Bestezuelas... mis pobres bestias meditativas!...

EL CAMELLO

EL CAMBIO .

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Su vida opaca es un rodar de noria
prudentemente concertado.
Cruzan por el desierto de la Historia
con paso firme y medurado,
y con el bloque de su abdomen
y su joroba de refranes
avanzan lentamente... Duermen... comen...
y rumian sus minúsculos afanes.

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Dice un camello:—«Joven, yo he vivido mucho, y he visto mucho, y la experiencia es madre de la Ciencia.

He recibido
las lecciones

de la vida, que doma las pasiones
y hace al hombre ser cauto y ser prudente.

...Es la vida la losa de los sueños...

¡ya lo dijo Jacinto Benavente!

¡Ilusión! ¡Rebeldía!... Mire, joven,

yo he tenido su edad y se me alcanza

la tristeza de que nos roben

nuestro tesoro de esperanza.

¿Que es triste renunciar a su quimera?

Pero la vida es prosa

y ha de ser hombre práctico el que quiera

vivir... ¡esa es la cosa!»

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Y otro camello:—«¡Desdichados!

¡Nada de gritos exaltados!

Orden y sumisión... ¡ese es mi lema!

con sentido común y buen deseo,
el problema social es un problema
que se resuelve pronto. Y creo
que toda novedad es peligrosa,
porque exalta el orgullo desmedido
de la gente impaciente y ambiciosa...
...y más vale lo malo conocido...»

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

Renunciadores melancólicos
son los eunucos del harén,
sin más dolor que el de sus cólicos,
ni otra quietud que su centén.

Con su ideal a flor de tierra,
su sordidez—mano de hielo—
es el alcaide que les cierra
toda ventana bajo el cielo.

No han encontrado en su camino
la roja flor de la pasión.
¡Hasta en los vicios es mezquino
su acompasado corazón!

La procesión de los camellos
desfila en fila inacabable,
y es la arrogancia de sus cuellos
autoritaria como un sable.

EL MURCIÉLAGO

Horas negras... Horas de triste desvelo...
Desliza la noche su monotonía.
Hay en nuestras almas un difuso anhelo.
El porvenir hace su mueca sombría.

Nuestros pobres nervios excitados tienen
una sacudida para cada voz.
¡Y son infinitas las voces que vienen
a hablarnos en estas noches de dolor!

Es un viejo mueble que lanza un crujido,
y es un reloj trágico que, antes de sonar
las horas solemnes, tiembla en un chirrido
lamentable, como si fuera a estallar.

Es el desgarrado sollozo del viento;
es una palabra que llega cansada,
doliente, remota, —¿canción o lamento?—
y es en nuestras carnes una puñalada
la voz agorera del presentimiento.

En esas eternas noches angustiosas
he visto al murciélago. En mi habitación
extiende sus frías alas membranosas
infinitamente, y en vueltas sinuosas
gira... gira... gira... como una obsesión.

El murciélago:

Es la fría
palabra que su ironía
va tejiendo en espiral
en torno a la lozanía
de toda flor ideal.

El murciélago:

Es el suave
gesto, ante el callado y grave
sangrar de los corazones.
¡Frivolidad! ¡El que sabe
del grito de las pasiones!

El murciélago:

Un zumbido
de calumnias. El oído
percibe apenas el vuelo
que mueven, en manso ruido,
sus alas de terciopelo.

El murciélago:

Son los párpados carnosos
que descienden cautelosos
sobre un mirar de perfidia.
Pensamientos sinuosos
y torcidos de la envidia.

El murciélago:

Es la sangrienta y buida
alusión que va escondida
bajo el elogio insinuante
y queda en el alma hundida
como una flecha tremante.

El murciélago:

Rencor,
insidia, malevolencia...
Un hervor
de pasiones sin vigor
ni gallardía. ¡Impotencia!

ODIO—PERDON—PIEDAD

ODIO—HEDON—PIEDAD

Y fué que en el silencio de la noche
una voz interior habló al poeta.

«Abre tus ojos y abre

tú corazón. Orea

tus pensamientos que se enroscan

y descaecen y se atormentan

como amarillas plantas de invernáculo.

Deja

que llegue el viento y que sacuda el árbol
de tu quimera.

Caerán los frutos en sazón, sonoras

e infecundas caerán las hojas secas,

y las pomas agraces

esperarán la savia nueva

de tu pensar y tu sentir que las maduren

y las hagan gustosas y olorosas y plenas.

¿Qué importas tú?

¿qué importan tus pequeñas
desesperanzas, ni qué importan
tus alegrías ni tus penas?

Tu querer y tu no querer
y tu ilusión siempre sedienta
son el drama de todos los espíritus.
¿Qué importas tú? Cuando te mueras
inmensamente, inacabablemente,
seguirá la ancha rueda
de la vida girando en torno,
eterna.

Calle el lamento femenino, que corre
flojo y cobarde por la fácil vena
de tu verso; con mano afirmativa
ten el rendaje a tu dolor, que yerga
el enarcado cuello como un puño,
que fermente en su sangre la protesta,
y lánzale después, la crin al viento,
vengativo y sonoro en su carrera.»

*

Y quise herir y maldecir. Y puse
en la ballesta cóncava del verso
con la flecha sutil de la ironía
las inflamadas plumas del despecho.

Las pardas grúpas se combaban. Ondas
de perezoso mar en movimiento,
y flotaba en el aire un rumor blando
de media voz, silbidos, cuchicheos,
rumia de yerbas dulces y jugosas
y regustar de labios satisfechos.

Allí, «la libertad bien entendida»,
«la paz del alma» y «el común acuerdo».

Y quise herir. Y hendió la nube
como un relámpago mi verso.

*

Pero otra voz sumisa y blanda
habló en el alma del poeta.

«¡No engendres el dolor!
Si alzas la mano, sea
para ayudar y bendecir. ¡Hay en el mundo
tantas llagas abiertas,
fanta resignación, tanta amargura
que corre soterraña!

¿Qué tragedia
ha precedido a cada crimen?

¡Si tú supieras
 cómo la vida gota a gota
 va destilando su ponzoña acerba
 en los adoloridos corazones!
 ¡Cómo un alma que es luz y que es firmeza
 —así el cristal de roca— puede
 hacerse toda reverencias
 y suaves cûrvaturas
 y ser opaca y negra
 y convertirse en pulpo y en serpiente
 y en camello y en *«mala bestia!»*

¡Si tú supieras, hijo mío,
 cómo doma el dolor!... ¡Si tú supieras!...

Tiende tus alas luminosas
 por encima de todas las tormentas.
 Que fluya tu perdón, igual que fluye
 en el seno nutricio y maternal el néctar
 de la vida; que tu palabra
 muestre la senda
 al ciego que camina con el pobre
 paralítico a cuestas.
 Que tu piedad, luz suave
 de plenilunio, unja la tierra,

y sobre todo lo que sufre
y sobre todo lo que alienta
y sobre todo lo que existe...
¡caiga como una ofrenda!»

sobre todo lo que sabe

y sobre todo lo que quiere

y sobre todo lo que siente

tal vez como una oración

que se repite una y otra vez

en el silencio de la noche

cuando el mundo duerme

y solo tú estás despierto

buscando la luz que te falta

en el fondo de tu alma

que nunca se apagará

porque es la vida misma

que te llama y te espera

en cada instante de tu vida

que no debes perderla

ni por un momento

porque es tu única oportunidad

de ser feliz y libre

de vivir y amar

de ser tú mismo

sin miedo a nada

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
SCHOPENHAUER.	9
TRÍPTICO.	23
<i>I Las cuartillas.</i>	25
<i>II La pluma.</i>	27
<i>III La máquina.</i>	29
EXALTACIÓN.	31
ELOGIO DE LA VIDA APACIBLE.	35
AZUL.	41
CANTO AL ENSUEÑO.	47
<i>A mis amigos.</i>	49
PAGINAS DE UN LIBRO DE HORAS.	53
MOTIVOS PARA UN PRELUDIO	55
<i>Esta Corte de ayer.</i>	55
<i>Un recuerdo.</i>	56
<i>La eterna súplica.</i>	57
<i>La esfinge.</i>	58
<i>Otra vez junto al mar.</i>	58
I	59

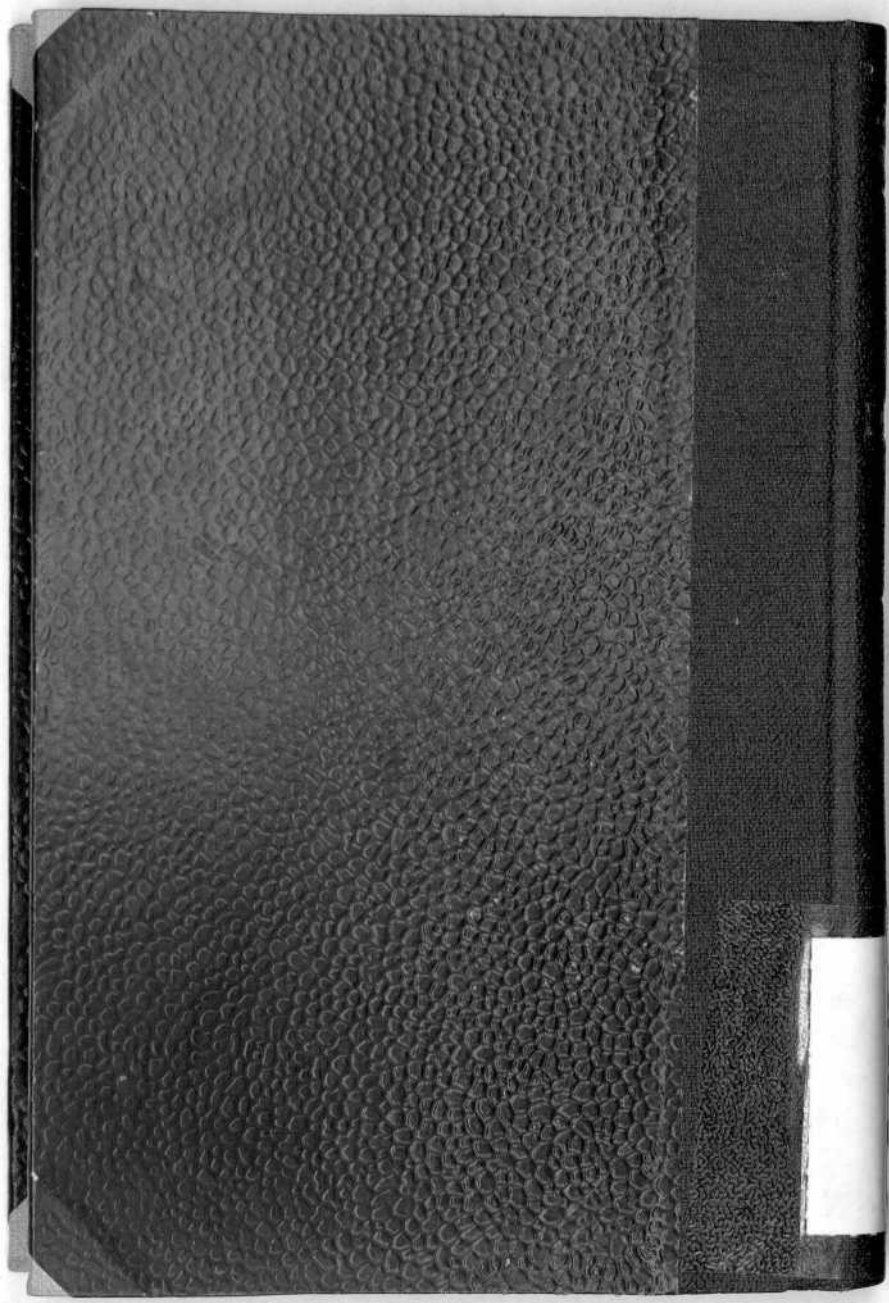
II.	61
III.	63
IV.	65
V.	66
VI.	69
VII.	70
VIII.	71
CUANDO YO SEA VIEJO.	73
POEMA DE LAS MALAS BESTIAS . . .	83
EL CUERVO.	85
EL BURRO BLANCO.	91
EL GALLO	97
EL CAMELLO.	103
EL MURCIÉLAGO.	109
ODIO.—PERDÓN.—PIEDAD.	115

POEMAS SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA TIPOGRAFÍA DE LA VIUDA DE MONTERO
EL DÍA 12 DE ABRIL
DE MCMXVII









FOR
RULE

10351

G
25401